

la ciudad europea¹ (*yanna wa yahannam*), opuesta a la *medina* (*al-mal'ya' al-rahimi*)

LEONOR MERINO. U.C.M.

INTRODUCCIÓN

Existe un estrecho lazo entre lo cotidiano y el espacio. Es éste el laboratorio de todo un carácter social que no se puede dejar de ignorar. La ciudad es una sucesión de territorios en los que la gente de forma más o menos efímera echa raíces, se extiende, busca refugio y seguridad.

El término ciudad puede ser considerado metáfora, porque aunque delimita un espacio concreto, territorio físico, significa también una *cosa mental*, un territorio simbólico. Bajo este punto de vista, la metáfora de la tribu o de la ciudad tiene un interés heurístico, puesto que lleva al descubrimiento de nuevos datos y hechos. En todos los terrenos, intelectual, comercial, político y cultural, se observa la existencia de una interrelación que permite la existencia de un corpus social propiamente dicho. En este sentido, la delimitación territorial es la base de múltiples estructuras sociales.

El término vínculo, familiar y amistoso, debe ser, entonces, comprendido en su más fuerte acepción como es la *necesidad*, aquello que constituya el gremio medieval y que estaba basada a través de la rúbrica de la *obligación*. La ayuda mutua, bajo diversas formas, era un *deber*, piedra de toque del código del honor, jamás escrito, pero que rige el tribalismo. Esto es lo

¹ Muy interesante la obra que fue motivo de esta creación: Déjeux, J. (1989). *Image de l'étrangère. Unions mixtes franco-maghrébines*. Paris: La Boîte à Documents.

que induce, en muchos aspectos, al recelo de todo aquello que es ajeno a lo propio.

En su investigación sobre *les villages du quotidien*, Young y Willmott subrayan perfectamente este fenómeno, *ce sont des nouveaux: ils sont ici seulement depuis 18 ans*. Paradoja que es sólo aparente, ya que estos recién llegados han creado otro vínculo, otra red de ayuda mutua, otra etnia, actuando según su propia proxemia. Se trata, entonces, de una realidad evidente pero que hay que tener en cuenta, puesto que el grupo, por su propia seguridad, adecua el entorno natural y social según sus necesidades, y al mismo tiempo fuerza, *de facto*, a otros grupos para organizarse como tales. En este sentido la delimitación territorial es territorio físico y territorio simbólico. Y al lado de esta relación directa, existe otra indirecta que no depende de la voluntad de los protagonistas sociales sino de ese efecto *atracción-repulsión*. Toda esta gran idea europea, que aporta el colonizador sobre el espacio urbano postmoderno, la va a exportar a la ciudad musulmana, desnaturalizando a esa otra relación más orgánica, natural y espontánea, como es el ensamblaje de la *medina*², frente a lo geométrico, a lo urbano y a su trazado en forma de cruz erigida al lado de la vieja ciudad musulmana. Y es que el hombre, a lo largo de las largas mutaciones que experimente su personalidad y su vida, conservará por siempre el recuerdo y la nostalgia de una determinada ciudad, de cierto pueblo anónimo, porque la ciudad natal, como la madre, no se reemplaza jamás.

LA CIUDAD DEL OTRO³: VÉRTIGO (MASS MIN AL-ÛUNÛN)

La ciudad europea es atractiva, seductora y codiciada por el hombre magrebí. Opuesta al espacio oculto y sagrado, metáfora de la madre, se yergue ese otro espacio extranjero de piedra y hormigón, de vigas y de acero, de vértigo y de luz.

Mourad Bourboune presenta, al lector, un almuédano tartamudo y *presque athée*, en búsqueda de otro *Libro* y que desea descubrir la ciudad de París, metáfora de mujer, obstáculo para el hombre magrebí en el reencontro con su humus profundo y comparada con una *jeune veuve bâtarde et interlope*. El barrio latino será *le sexe marginal et à peine pubère de*

² Así la define *Le Petit Robert* (1732: mot arabe). Partie musulmane d'une ville (opposé à ville européenne) en Afrique du Nord (spécialement au Maroc).

³ Para los escritores magrebíes de lengua francesa, «*escritores colonizados*», que contraponen su cultura a la de Occidente, su imaginario está puesto siempre en el Otro: «*l'autre des arabes c'est l'Occident*». Cfr.: Abdallah Laroui (1969). *L'Idéologie arabe contemporaine*. Paris: Maspero, p. 15.

Paris. Pero también es una ciudad que asfixia, *ville obstacle* en la que se sentirá como:

un corps étranger dans les intestins de Paris qui puisse sa puissance digestive jusqu'au génie. (Bourboune, 1968: 47)

El almuédano regresa a su ciudad de ultramar, diez años después de haberla abandonado. Todo ha cambiado y nada es igual. Una nueva ciudad ha asfixiado a la otra, y ya no reconoce a la ciudad que a su vez tampoco le conoce:

La nouvelle ville qui a pris les apparences de l'autre, l'alignement des rues, l'ordonnance de ses rues, qui a imité jusqu'à ses lézardes, ses odeurs et ses bruits. (Ibid.: 150)

Quejido por la *medina* de pubis virgen, vientre por el colonizador rasgado, que ha sido violada para mejor poder dominar. Abdelkébir Khatibi en *La mémoire tatouée*, con amarga pena recita la palabra del colono quien dibuja la ciudad como un mapa militar:

Eh quoi! les Arabes aiment regarder des roses en papier, ou en plastique, la nature leur a échappé d'entre les doigts, ils croupissent, grisés par le thé et l'absinthe. Et pour cacher leur misère, ils fument toute la journée. Il faut créer des jardins rationnels, des villes géométriques, une économie en flèche, il faut créer des Paradis sur terre, Dieu est mort, vive le colon. (Khatibi, 1971: 42-43)

Ciudad desconcertante, por tanto, ambigua, ambivalente, paraíso al mismo tiempo que infierno.

En la *medina* araboislámica, todo se ordenaba, tiempo cíclico no lineal, desde el centro, desde la mezquita, ámbito de la oración y aceptación de la Palabra. Todo, en función de ese centro, se establecía y convergía. Todo era armonía.

Falsa es ahora esta ciudad, *sombra maquillada*, que hay que destruir aunque haya que empezar por su mezquita, *lugar mancillado por el infiel*:

Pour commencer, terrasser le monstre qui lui ressemble, cette imposture, la ville fausse-couche, la ville bâtarde affalée sur le lieu d'irruption de la vraie ville. Pour l'abattre, viser la vertèbre la plus haute: la mosquée pour la brisure de l'axe. (Bourboune, 1968: 185)

Pero la ciudad tentacular con interminable abrazo no deja actuar, y la mezquita quedará en pie:

La ville s'est recroquevillée sur elle-même. Elle a tissé ses tentacules. Elle est devenue une boule posée aux pieds de la mosquée. (Ibid.: 294)

Para Mohammed Dib en *Qui se souvient de la mer*, la ciudad está hecha de piedra, cemento, hormigón y metal porque *nous ne connaissons plus que la sèche, la mortelle attente d'un monde en pierre*, donde todo debe permanecer en orden, por donde la muchedumbre camina ignorándose:

Personne ne doit s'aviser que les autres portent des têtes de pierre moisie, des yeux de vase, des mains d'algues froides. Ce spectacle révolte et soulève le coeur. Tous ces passants qui posent un problème rien que par leur présence. (Dib, 1962: 114)

Si para este escritor argelino las nuevas edificaciones de la ciudad son *arrogantes et meurtrières*, para otro escritor y poeta también argelino, Malek Haddad, en su novela *Je t'offrirai une gazelle*, la ciudad es opaca, sucia y no deja pasar la luz del sol. Estéril, destruye la vida:

Les toits de Paris se glissaient sous les draps rapiécés malpropres. C'était sale là-haut, c'était sale. Une mer de crasse grissaillante. Il est impossible que le bon Dieu loge là-dedans... (Haddad, 1959: 47)

En ese exilio, los pensamientos del poeta convergen en dos medios paralelos: París y el desierto de África. Porque para Malek, París es el desierto, el espacio vacío en las relaciones humanas. Continuo errar del escritor en la ciudad inhóspita, sólo queda el consuelo de que, ¡al menos las nubes en el cielo tienen su cálido hogar!:

La piste a retrouvé le chemin des étoiles. Seules les étoiles ont assez de patience. Rien ne supporte le désert. Les oiseaux n'en veulent pas. Les gazelles l'évitent. Et les coquilles brisées des oeufs d'autruche sont les vestiges dont ne sait quelle fuite d'apocalypse. Les châteaux sont morts. Les mirages désespérément se ressemblent. Ils évoquent des îles, des îles en chapelet, archipels taciturnes. Pourtant la piste a retrouvé le chemin des étoiles. (Ibid: 28)

En la poesía, como en la prosa de este autor, está siempre la evocación de su lejana Argelia, *la Rue des Arabes*, añoranza de Malek. A veces es un simple recuerdo, otras, la ausencia. Como lo son también las flores, los trigos y el radiante sol de su tierra. Así suena el eco doliente de su quejido:

Je puise ma chanson dans la Rue des Arabes. (Haddad, 1961: 70)

En el escritor *maudit* Rachid Boudjedra subyace siempre la angustia ante una ciudad monstruosa y convertida en obsesión:

S'il n'y avait pas ce gros désir de toi que je portais en moi, même lorsque j'avais quitté la ville monstrueuse sous le soleil orange et dur, et débarqué sur la plage, avec derrière la forêt de chênes-lièges, puis derrière encore la montagne toujours camouflée dans le brouillard [...] avec devant la mer verte-jaune-bleue. (Boudjedra: 1972: 15)

Herencia de ciudades que se ignoran y desprecian porque otro nombre ha enmudecido el de la ciudad ancestral, porque un éxodo interior la puebla y porque recuerdan a la odiada guerra:

Puis quand son âne s'est gavé d'herbe, il le ramène en ville en le tirant par une corde et fait sensation dans les avenues où circulent les voitures rutilantes et les autobus bondés. Mais lui n'y fait pas attention car la ville européenne n'est pas la sienne et l'ignore superbement [...] Certes, il n'y avait pas que les villes de la torture dont on avait hérité. (Ibíd: 101)

En *Les amandiers sont morts de ses blessures* de Tahar Ben Jelloun, que es primero poeta, poeta marroquí que necesita para vivir y crear, el sol, el aire, los olores y el canto de los hombres magrebíes, que exiliados comparan su propia tierra con otras tierras extranjeras:

Mahmoud Darwish, un enfant habité par une terre orpheline. Ses yeux portent le soleil et la blessure du temps des sables. Dans le cœur, le rêve est une épine, un printemps reporté de saison en saison. Entre ses mains, une hirondelle et une foule de mots, un pré de syllabes arrachées au pays natal. [...] Ce fut ensuite l'exil extérieur, à Moscou, au Caire, puis à Beyrouth, où il a dressé la tente du provisoire. (Ben Jelloun, 1976: 16-17)

CIUDADES DE EMIGRACIÓN: VACÍO (MAKĀN FĀRIG)

Cuando el héroe emigrante de *La Terre et le sang* de Mouloud Feraoun llega a la estación de Lyon, en París, lo que le fascina y hiere es el ruido ensordecedor, la velocidad, el paso apresurado de la gente, temiendo siempre llegar tarde o ser atrapado por el *schitan* (Satanás):

Il se voyait perdu dans une unimaginable cohue, dans un enfer de rumeurs, de bruits, perdu dans la foule grouillante de tout un peuple qui s'éveillait. (Feraoun, 1953: 52)

En *Les alouettes naïves*, de la escritora argelina Assia Djebar, las ciudades rebosan de emigrantes:

Rachid posait des questions sur les réfugiés et leur situation aux frontières, sur l'atmosphère dans la capitale étrangère gonflée d'émigrés. (Djebar, 1967: 47)

Sin embargo, en el propio terruño, después de la jornada de trabajo, los hombres, entusiastas consumidores de té o jugadores de dominó, se sientan en un rincón del zoco entre esencias de multicolores especias. Hombres que están muy lejos de tener este aspecto:

chiens abattus comme je vis plus tard nos ouvriers et chômeurs sur les trottoirs nocturnes des villes d'Europe; chez nous je ne sais pas pourquoi, je percevais sur

leur physionomie une gaieté imperceptible, une lueur dans le regard émoussillé, rarement une froissure. (Ibíd: 50)

Para el amado poeta solitario Malek, París, espacio vacío lleno de muchedumbre, es todo un monólogo donde el hombre se encuentra desarbolado y desorientado en la sucia e inhóspita ciudad que adquiere una forma extraña:

un géant accablé par sa propre grisaille, par sa propre amertume. Lorsqu'il pleut à Paris, les rues du quartier Latin, retournent au Moyen Age [...] Pour Paris aussi le printemps ne dure que l'espace d'un jeudi. (Haddad, 1961: 87)

Para Mohammed Dib en su novela *Habel*, París, ante la oscuridad de la noche, es como la sucia sala de un cine recién abandonada por los espectadores:

Un terrain vague. Un dépotoir avec ses décombres, ses gravats, ses détritux, sa végétation hirsute et sauvage. (Dib, 1977: 131)

Y la ciudad, a la luz del día, es una catarata estruendosa:

la ville, travaillée par les soubresauts d'une monstrueuse gestation, grondait, ricanaît, hennissait de tous côtés pendant ce temps, et secouée, en éruption permanente, éjaculait par mille orifices, mille voies, des cris, des gens, des autos, des éclairs de néon, vomissait à la ronde en faisant trembler le sol un magma ni tout à fait humain ni tout à fait mécanique et réitérait, chaos se reproduisant lui-même. (Ibíd: 136)

Vértigo en la ciudad del Otro, el hombre, en *Topographie idéale pour une agression caractérisée* del escritor Rachid Boudjedra, es un habitante en un nido de águila, acurrucado entre el desierto y la llanura:

Insomnies. Mélanges. Fêlure. La peine dérape sur des sentiments désabusés, désespérés et la ville, au dehors, continue à bourdonner, quoique désertée par ses habitants. (Boudjedra, 1975: 183)

FRENTE A LO IMPURO, LA MEDINA, CÁLIDO REFUGIO UTERINO (AL-MALYĀ' AL-RAHIMĪ)

Para el campesino magrebí, la *medina* árabe, cerrada, a ras de tierra, densa y secreta, es la ciudad auténtica, la construida por los ancestros y no por los lejanos conquistadores.

Laberíntica, la *medina* no deja transpirar su secreto.

Opuesta a lo urbano, la ciudad del extranjero, como dice Mohammed Dib en *Dieu en barbarie*, es de calles rectas:

ouvertes à une circulation automobile ininterrompue. (Dib, 1970: 73-74)

Efectivamente la *medina* ha sido mancillada por el extranjero, pero también la ciudad, al alcance de la mano, es el lugar donde comienza la aventura. El deseo ansiado del magrebí por la ciudad se asemeja al que siente por la extranjera, quien lo libera por medio del juego sexual, aunque en éste no se encuentre exenta la prostitución, dice el escritor tunecino Abdelwahab Bouhdiba.

De ahí, que haya toda una imagen de dualidad que se despliega entre el mundo exterior de la superestructura extranjera y el mundo de la profundidad, subsuelo inviolado, ciudad subterránea habitada por el mar.

Arriba, alucinante fantasmagoría, espacio encasillado, cuadriculado, macrocosmos donde el mismo hombre se ignora. Espacio que sobre el curso de la Historia boga.

Abajo, espacio magrebí, espacio uterino, camino saludable, retorno al laberinto, a las entrañas del pueblo y a las de la *madre-tierra*.

Anclada en el Tiempo, saciándose de eternidad.

Hay por tanto dos ciudades dos tiempos, dos formas de estar en el mundo. Por una parte, lo racional, la velocidad, lo artificial. Por otra, sumergirse en una estancia interior, sentimiento de seguridad en medio de una compacta muchedumbre, espacio sustituto de la madre, madre *ogresse*, castradora, paraíso perdido en el que el hombre magrebí desea sanar el subconsciente mutilado por el colonizador y la violencia de la guerra. Casas pequeñas, alambicadas unas a otras, inmóviles, eternas, ventanas altas, calles sin geometría que desembocan en otras sendas abiertas, piedra y polvo de arcilla.

La concepción religiosa de la ciudad islámica, ha hecho que en los alrededores de la mezquita se agrupen los oficios considerados nobles, los de los escribas y orfebres; y a medida que el caminante se aleja, aparecen los más vulgares. Fuera ya de la *medina*, están los albañiles y los carpinteros, los oficios más ruidosos.

Todo en la *medina* es un ir y venir de asnos cargados de bandejas, de cemento, de cueros, de miles de mercancías destinadas a quehaceres bulliciosos. Pícaros regateos, al observar que el turista, ha posado su vista en la tersura de la piel de unas babuchas o en la suavidad de la lana de las alfombras.

Es la vida que sube y baja entre el calor, entre la masa de curiosos, alrededor de bailarines, narradores, malabaristas, pajareros y toda clase de tirititeros, encantadores de serpientes, sudorosos, con los cabellos en desorden enfrentándose a cobras negras y relucientes de cabeza aplastada. Azoteas abiertas, pintadas con cal viva, mujeres sentadas, piernas y brazos indolentes, desperdicios de sandías y naranjas, tomates aplastados en el umbral de una puerta, brazos cargados con chilabas usadas, manos sujetando viejos zapatos, una boca abierta cantando cifras, penetrantes olores,

montoncitos de limones, ramilletes de menta, cabezas de ajos y puñaditos de alubias y de dátiles que se erigen en pirámide con equilibrio sutil. Sudor, promiscuidad, flujo y reflujo de la multitud, trepidante frenesí, y al fondo, el constante rumor del laberinto de sombras y de luces.

Por eso, el escritor magrebí de lengua francesa, como Assia Djebar, en *Les alouettes naves*, en la ciudad ancestral, *la bonne ville musulmane*, intentará reconstruir su infancia, su pasado.

Al espacio exterior de lo extranjero, alucinante fantasmagoría, se opone la sangre y la tierra kabília, llena de una importancia etnográfica indiscutible. Perder el terruño, en *La Terre et le Sang* de Mouloud Feraoun, estrechamente fortalecido por lazos tribales, alimentado por un culto pagano, significa algo más que la miseria material.

El retorno al humus, en *L'insolation*, es búsqueda de auténtica atmósfera añorada.

El narrador, en *Agar* de Albert Memmi, llega a la ciudad natal acompañado de su esposa rubia, extranjera, a quien informa, con poco entusiasmo, de las novedades que han sido realizadas.

En *Topographie idéale*, el autor ofrece una imagen contrastiva entre la naturaleza del perdido paraíso y la masa de gentío subterránea de la ciudad, que camina por pasillos invadidos por anuncios dotados de naturaleza artificial, masa obligada a avanzar por intrincados laberintos de la *cave-métro*, por donde la angustia crece y la salida se prolonga.

Khair-Eddine necesita volver a beber del espacio natal, fuente de creación, cantera de símbolos, cimiento y consecuencia de su escritura, trasvase hacia lo imaginario y fantástico de la infancia y de la libertad recobrada, espacio inaccesible para el escritor en el exilio, lugar mítico recuperado en el tiempo, objeto de deseo, campo simbólico, esfera cultural marcada profundamente por la madre. Espacio de la oralidad y de la mujer beréber *qui vit dans sa montagne*, que transmite parte de su identidad escondida, oculta y sacrificada, identidad primaria que refleja, en la *Légende et vie d'Agoun'chic*, el conocimiento visceral de una tierra anclada en un espacio *des femmes pourvoyeuses des significations cachées du monde*.

PARA EL ESCRITOR MARROQUÍ: SU CIUDAD, DOLORIDO CANTO (UGNIYYA MUTA'ALIJMA)

Para los escritores marroquíes sus ciudades están pobladas de un gran recuerdo, fuertemente simbólico. La ciudad natal lleva en su vientre ceniza, olor y sabor:

la ville natale a rempli ma bouche de terre, de cendre et de syllabes. (Ben Jelloun, 1983: 44)

Ben Jelloun oriundo de la ciudad de Fez, la describe como *une ville répudiée*:

O ville des villes
 Tu portes en toi l'absence [...]
 Il ne m'est de toi que l'amnésie
 conquise
 répudiée
 sur monts arides. (Ben Jelloun, 1976: 16-17)

Fez, en *L'écrivain public* y en *Harrouda*, es una ciudad subterránea, clandestina, carente de horizonte y mar, en la que este escritor añora el espacio acuático con lastimera queja reiterada.

Driss Chraïbi, nacido en Al-Jadida, reniega también en *Le Passé Simple* de la ciudad de Fez que le recuerda su pasado odiado.

Ben Jelloun dice conocer otras ciudades como Tánger, libro inacabado, *porte de l'Afrique*, que se abre al sexo, jardín hirsuto, y, como dice Jean Genet, en *Harrouda*, a la traición.

Tetuán, *topographie d'une solitude*, en donde todo está sellado: *les portes et le coeur*. Y Marrakech, *l'oeil recueilli dans une boîte métallique et la mémoire sur bande magnétique*.

Chraïbi en *La Mère du Printemps* llamará desheredados a quienes desertaron de la tribu y han perdido el vínculo con la madre-tierra.

Mostefa Nissaboury, en *La Mille et deuxième nuit*, poeta de dolorido grito diluido en lava incandescente, en búsqueda de su identidad cultural, sueña con la ciudad musulmana de épocas lejanas, pero están ya *les mémoires décapitées* y las ciudades muertas.

Ahmed Sefrioui, escritor de pluma blanca, que en sus horas de paz salvaguarda el encanto de la tribu en su *Boîte à merveilles*, porque sabe que tiene que atravesar su ciudad de *rues sans nom ni visage particuliers*.

Ante esta paz del alma, se levanta la palabra denunciadora, la cólera, que alienta violencia al poema de Abdellatif Laâbi en *L'arbre de fer fleurit*.

Y para el gran sociólogo y poeta marroquí Khatibi, nada hay más violento que *la mémoire tatouée*, aunque la *medina* intente resistir con sus dédalos. Su ciudad, concha envuelta en arena, esbozo de minotauro de tenue luz, *lieu commun du Sud marocain et impression douceâtre d'un vol continu*.

CONCLUSIÓN

La ciudad es más que un enigma, más que un leitmotiv, más aún que un tema esencial, puesto que es, a un mismo tiempo, tema y substancia misma de la obra literaria magrebí.

La ciudad significa para estos escritores el *Libro* y la *Escritura*. Construir la nueva ciudad extranjera es escribir el anti-Corán, escritura y ciudad confundida, por eso el almuédano escribe en *strophes-bidonvilles*.

Para los escritores magrebíes que escriben en lengua francesa, pero no lo olvidemos, no como franceses, su ciudad, su *medina* es la inercia del cuerpo y la de la memoria tribal, que no ha heredado la fuerza del guerrero sino la sabiduría de la indolencia, la del subconsciente materno, el guiño de los espíritus -*ʿyūnūn*-, la sorpresa del sol, el deslizarse de un perfume, el roce de un poema, el cálido muslo de la mujer fatal, astro inaccesible, *Nedjma*, la inolvidable novela del escritor argelino Kateb Yacine.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- * BEN JELLOUN, T. (1973). *Harrouda*. Paris: Denoël.
- * BEN JELLOUN, T. (1976). *Les amandiers sont morts de ses blessures (poèmes)*. Paris: Maspéro.
- * BEN JELLOUN, T. (1983). *L'écrivain public*. Paris: Le Seuil.
- * BOUDJEDRA, R. (1972). *L'Insolation*. Paris: Denoël.
- * BOUDJEDRA, R. (1975). *Topographie idéale pour une agression caractérisée*. Paris: Denoël (et Folio 1986).
- * BOUHDIBA, A. (1975). *La sexualité en Islam*. Paris: P.U.F.
- * BOURBOUNE, M. (1968). *Le Muezzin*. Paris: Bourgois.
- * CHRAIBI, D. (1954). *Le Passé Simple*. Paris: Denoël.
- * CHRAIBI, D. (1982). *La Mère du printemps (L'Oum-er-Bia)*. Paris: Le Seuil.
- * DIB, M. (1962). *Qui se souvient de la mer*. Paris: Le Seuil.
- * DIB, M. (1970). *Dieu en barbarie*. Paris: Le Seuil.
- * DIB, M. (1977). *Habel*. Paris: Le Seuil.
- * DJEBAR, A. (1967). *Les alouettes naïves*. Paris: Juillard.

- * FERAOUN, M. (1953). *La Terre et le sang*. Paris: Le Seuil.
- * HADDAD, M. (1959). *Je t'offrirai une gazelle*. Paris: Juillard.
- * HADDAD, M. (1961). *Le Quai aux fleurs ne répond plus*. Paris: Juillard.
- * KHAIR-EDDINE, M. (1984). *Légende et vie d'Agoun'chic*. Paris: Le Seuil.
- * KHATIBI, A. (1971). *La mémoire tatouée*. Paris: Denoël.
- * LAABI, A. (1985) *L'arbre de fer fleurit* in *Poésie 1*.
- * MEMMI, A. (1955). *Agar*. Paris: Gallimard.
- * NISSABOURY, M. (1975). *La Mille et deuxième nuit*. Casablanca: Shoof.
- * SEFRIQUI, M. (1954). *La boîte à merveilles*. Paris: Le Seuil.
- * YOUNG, M. et WILLMOTT, P. (1985) *Le village dans la ville*. Centre Pompidou: C.C.I.

